

El primer Vietnam hubiera sido el de Bolivia y después el de Argentina; esa era su ilusión. Guevara pensaba que creando estos Vietnam, tanto los rusos como los chinos iban a tener que decidirse en una confrontación con Occidente antes de trazar definitivamente su rumbo. Tenía una idea de titán, extraordinaria. Envié el libro a Fidel Castro y sé que lo aprecia. Tengo tres libros publicados en Cuba, pero sé que *Los cuadernos de Praga* no se van a publicar nunca allí. Esa idea titánica de cambiar la sociedad por medio de una revolución global es una idea romántica. Pienso que Guevara era un mal estratega, pero humanamente era un gigante porque se jugó hasta su muerte por sus ideas. Después de la crisis de los misiles, en 1962, Guevara sentía que el capitalismo iba ganando la partida y que había que jugarse el todo por el todo.

—¿Considera que el régimen cubano fue el responsable de enviar a Guevara a esa misión suicida en Bolivia?

En *Los cuadernos de Praga* muestro que por su mal estado de salud Guevara no podía llevar a cabo una campaña guerrillera y que sus hombres ocultaban esta verdad por el respeto que les infundía, por eso en mi novela, en el combate final con los perros, lo salva un chico checoslovaco que tiene como única ambición conocer Miami. Detrás del mito está esa realidad terrible. Por otra parte, cuando Guevara llega a Bolivia, es muy probable que a través de Tania, los servicios secretos norteamericanos ya le siguieran la pista, es decir, que ya estaba entregado. Hay una teoría que pongo en mi novela: una de las personas que reclutó a Tania fue Markus Wolf, el espía más famoso del comunismo, retratado por Le Carré, el escritor inglés de novelas de espionaje. En el año 62 Guevara fue a Berlín, allí conoció a Tania que era argentina y traductora. El la invitó a Cuba y Tania era ya un agente de Alemania Oriental. Uno de sus reclutadores se pasó a la CIA...

No creo en la teoría de que Guevara haya sido entregado por Castro porque Guevara eligió el camino del trotskismo, de la revolución permanente. Castro no le podía seguir porque eso hubiera supuesto la caída de Cuba. Tras el acuerdo de los misiles del año 62, una garantía que dura hasta hoy, Castro no podía arriesgar nada, por eso le dio un mínimo de apoyo logístico: la gente que lo acompaña a Praga y que se forma en Cuba para acompañarlo a Bolivia, es mínima. No creo que Castro tuviera ningún interés en hacerlo caer, no necesitaba hacerlo caer, era, como decía Hölderlin, un hombre que corría hacia su catástrofe. Castro no tenía posibilidad de dar un apoyo mayor a Guevara,

primero porque estaba la tenaza norteamericana que no quería otra revolución en América Latina y segundo porque Castro obedecía la visión soviética, la teoría de Suslov, que establecía que ningún movimiento «voluntarista», como decían en esa época, podía intentar revoluciones en nombre del marxismo sin que estuviesen controlados desde Moscú para tener una visión estratégica que no alterase el proceso de enfrentamiento con Occidente que manejaban o creían manejar desde el Kremlin.

—*En La pasión según Eva recrea el personaje de Eva Perón volcado en su faceta de redentora social. ¿Considera que Eva Perón fue una «socialista inconsciente» o quizás una demagoga?*

No. Una demagoga no, porque la demagogia es un acto histriónico de seducción falsa. No es el caso de Eva que trabajaba veinte horas al día y dio su vida muy pronto. Fue una apasionada. Era una socialista sin teoría socialista y con repulsión por la ideología comunista y al mismo tiempo con la pulsión cristiana del cristiano comunista primitivo. Su caso, como todas las cosas de la Argentina, es extremadamente complejo. La pulsión social como la vivió Eva es más cristiana que socialista, era una idea notable que exigía bastante coraje porque se trataba de utilizar el poder para superar el dolor humano. La acción social en su caso nace al revés, no de la teoría del Estado sino de la teoría de la realidad del dolor, lo que me parece original y maravilloso. Eva vivenció todo desde el dolor humano. Le parecía infame no atender al dolor humano, sobre todo si uno tenía poder político. Lo hizo con tanta pasión que lo que podía haber sido un ejercicio privado de beneficencia admirable pero personal lo transformó en una estructura de acción social de los sindicatos y le dio una extensión nacional que cambió la sociedad argentina. La situación de la mujer también cambió, porque creó el partido peronista femenino, les dio el voto, nombró a treinta diputadas femeninas lo que en ese momento era un acto revolucionario y les colocó en puestos clave de la acción social.

—*En El viajero de Agartha narra el viaje que realiza Walther Werner al Tibet en busca de un talismán que dotaría de fuerzas nuevas al espíritu y que ayudaría a los nazis a vencer en la guerra. ¿Qué concepción motivó a los nazis para emprender estas empresas esotéricas?*

Siempre me interesó el tema del nazismo, hay una fuerza muy grande y extraña que movió al pueblo alemán, y que no está dilucidada. No

se trata de un grupo de diez locos que cambian todo un país y provocan cincuenta millones de muertos. Hay mucho más detrás de eso, una verdadera revolución, un intento de cambio casi religioso. Estudié mucho lo que se llama el nazismo esotérico, por algo utilizaron el signo oriental y búdico de la esvástica. No era una casualidad, había un deseo de renacimiento pagano, un deseo final de acabar con el judeocristianismo. Es un tema que me fascina y que se encuentra oculto en Occidente, donde se prefiere la versión de la locura total. Lo grave es que detrás de todo lo ocurrido entre 1933 y 1945 hay una concepción filosófica y religiosa.

El instituto Ahnenerbe existió y se hicieron expediciones a Oriente, hay personajes implicados en lo que se llamó la sociedad de Thule que son importantes. Hubo misiones para buscar el Santo Grial, como la misión de Otto Rahm, que viajó al sur de Francia para buscar el secreto de los templarios y murió en esa misión en el año 1938. Hubo misiones al Tibet que están documentadas; ese universo me interesó. Werner va a buscar un talismán que es un símbolo de un conocimiento secreto, es la vieja idea que llegó a su culminación con Gurdjieff y con René Guénon, que llegaron a creer que el hombre tenía que reconstituir un conocimiento secreto que estaba perdido por el mundo. Las religiones nos revelan conocimiento a través de una epifanía, de los profetas, de un Mesías, en cambio los nazis creían que el hombre había tenido un conocimiento que había destruido en su decadencia y que había que reconstruir o reencontrar ese conocimiento oculto. Estimaban que para ello había que viajar a Oriente, donde el hombre había preservado esa visión y ciertos poderes superiores de la condición humana. Los nazis pensaban que el hombre estaba frustrado en su evolución, que estaba detenido en su evolución y que en la mente humana había la misma energía que en un átomo y que había que liberarla. Esa energía en este mundo ocultista se llama el *vril*; es el nombre que daban algunos ocultistas a esta fuerza que en el hombre aparece en el acto de heroísmo o en la furia de la madre cuando ve que amenazan a su hijo, en la indignación del justo o en la del hombre que necesita salvar su vida en una situación límite. Esa fuerza recóndita, que intuimos, fue llamada por algunos charlatanes *vril*. Pero es útil que tenga un nombre. El psicólogo Reich la vinculó al sexo, como en la India.

En suma: los ocultistas piensan que hay una fuerza en el hombre que no está desarrollada porque los hombres somos seres intermedios y que la jactancia de considerarnos a imagen y semejanza de Dios, los dueños de la tierra, de los animales y plantas, como enseña el Génesis,

es una barbaridad. El hombre tiene que considerarse intermedio y llegar a esa superación. Esta superación tiene dos caminos, uno filosófico que pasa por la idea del hombre superior, y otro genético que apunta a la mutación genética, que ahora ya estamos viviendo. De alguna manera la sociedad actual es una especie de cumplimiento de las ideas nazis. Secretamente el hombre, aunque lo disimula con la ética, está tratando de modificar su orden genético. De hecho el conocimiento del árbol del bien y del mal, del genoma humano, va a propiciar a los hombres cultivar sus propios seres, este será un momento de ruptura total. La suprema y gloriosa *perversidad*.

El otro camino, es el de Nietzsche que pasa por la evolución filosófica. Nos hace despreciar al hombre que somos y nos invita a ser superhombres que es, en última instancia, la vieja noción de *santidad* en el hombre occidental. Esta noción es muy extraña. El pueblo alemán vivió una vibración que no han vivido otros pueblos. Investigué esto y hasta hablé con Ernst Jünger sobre este tema. Recordamos los jóvenes que mucho antes del nazismo, desde 1915, se iban en campamentos como *boys scouts*. Se llamaban los Wandervögel, o sea los «pájaros viajeros». Eran jóvenes de todos los pueblos que se asociaban y vivían la naturaleza de una forma muy sana. Había un hambre de la naturaleza, de interrumpir esa ruptura entre el hombre y la naturaleza, esa ruptura que creó la sociedad capitalista y tecnológica que nos lleva a un enfrentamiento final a través de lo que llamamos ecología. Era una convocatoria para interrumpir la involución disfrazada de evolución, como ocurre con el hombre de la sociedad moderna, que es un hombre muy menor, sometido a la máquina, a las cosas.

En esto interviene la noción de la Nada de Jünger. La Nada se viste de formas encantadoras como la tecnología, el progreso, la sociedad de consumo, la democracia falsa, sin verdadera participación. La Nada es aparentemente lo contrario de la Nada, es decir, la acción de las cosas que estamos viviendo, que en realidad son nuestra destrucción profunda, sólo cabe responder por el camino de lo que Jünger denomina *contracultura*. Para poder llegar a nuestra propia cultura tenemos que hacer el camino fuera de la cultura oficial, fuera de la cultura que está impuesta. Así surge la noción del *emboscado*, el hombre que tiene que vivir apartado, sabiendo que hay un gran enemigo que está devorando la sociedad. Estos hombres, y digo así porque también vinculo a Martin Heidegger, tenían una visión terrible de la sociedad moderna, industrial, capitalista, socialista. El *emboscado* es nuestro ser profundo, ese yo crítico y sentimental que se esconde en el bosque de la sociedad perversa, consumista, tecnocrática, para preservarse.